

LIBRO TERCERO

ÉPOCA MACEDÓNICA

PRIMERA PARTE

La hegemonía macedónica y los diádocos

CAPÍTULO PRIMERO

DESDE MANTINEA HASTA QUERONEA

I. Dionisio II, Dion y Timoleon de Siracusa. Los tarentinos.—II. Primeras victorias y planes de Filipo de Macedonia. Filipo organiza el ejército macedónico.—III. Ventajas obtenidas por Filipo. Nacimiento de Alejandro Magno.—IV. Guerra contra Atenas. Guerra de los aliados áticos y sus consecuencias.—V. Política de Eubolos en Atenas.—VI. La guerra focense ó *santa*.—VII. Filipo funda Filipos y penetra en Tesalia. Filipo derrota á los focenses y conquista la Tesalia.—VIII. Política de Filipo.—VIII. Situación de los helenos. Demóstenes.—IX. Guerra olintíaca. Decadencia de Olinto.—X. Paz de Filócrates. Ruina de los focenses. Poder de Filipo.—XI. Política de Demóstenes. Licurgo ó Hipérides. Enemigos de Demóstenes. Esquines. Demades. Foción.—XII. Preparativos para la última guerra de Atenas contra Filipo. Éxito desgraciado de Filipo en Perinto y Bizancio.—XIII. Reformas de Demóstenes y probabilidades de éxito. Guerra locrense.—XIV. Filipo en Elatea. Batalla de Queronea y sus consecuencias.—XV. Liga helénica de Filipo y guerra persa. Aristóteles.

I.—DIONISIO II, DION Y TIMOLEON DE SIRACUSA. LOS TARENTINOS

A pesar de la penosa situación general de las cosas en Grecia después de la muerte de Epaminondas, sintieron los griegos de la antigua comarca bastante fuertes, hasta el punto de que ni remotamente sospecharon el peligro que dentro de poco había de amenazarles, procedente de Macedonia, Estado que hasta entonces tan poco había llamado su atención. Los hombres de Estado, una vez ventilados los intereses más perentorios, solo atendían á Persia, en donde á la muerte del anciano y débil Artajerjes II, ocupó el trono, en 359, su hijo Oco, que tomó el nombre de Artajerjes III, y para asegurar mejor la posesión de la corona que había conquistado con el asesinato, mandó dar la muerte á sus muchos parientes. No menos interesante era para los políticos de aquel tiempo el desarrollo del Occidente siciliota, que fué poco después causa de una bienhechora intervención de la madre patria. Muerto el príncipe Dionisio I de Siracusa, sucedióle, quizá sin dificultad, su hijo Dionisio II. La feroz desconfianza del viejo tirano había tenido á su hijo sistemáticamente alejado de los negocios públicos. La consecuencia fué que el joven príncipe no se dedicó á ocupación ninguna; y á pesar de sus cualidades no comunes, que sin embargo no le inclinaban todavía á la milicia ni á la diplomacia, había llegado á los 28 años sin haber manifestado vocación para nada. Aficionado á los placeres y aturrido, aunque mostrando nobles instintos, dejó al principio la dirección de los negocios á su valiente tío Dion, quien á la edad de 20 años había sentido la influencia de Platon, cuando este gran filósofo visitó en 388 la corte de Dionisio I, de la cual tuvo que salir al poco tiempo por haber caído en desgracia del tirano. Dion indujo á su sobrino á que invitase al gran ateniense á pasar á Siracusa, con la esperanza de que la

imponente austeridad de Platon ejercería una favorable influencia en la conducta moral del joven príncipe. Pero esta situación no fué muy duradera, pues los enemigos de Dion, á cuyo frente se hallaba el astuto Filisto, lograron derribar á aquel gran hombre de Estado y alejarle en 366 de Siracusa. El mismo Platon que se había captado las simpatías de Dionisio, pero que era únicamente considerado como un adorno inútil de la corte, abandonó al poco tiempo á Siracusa y regresó á Atenas. Una segunda visita que, á instancias del tirano, hizo en 361 Platon á la corte de este, con la esperanza de conseguir el perdón de Dion, que se había conquistado en Grecia una posición brillante por sus riquezas y noble conducta, no tuvo éxito alguno, volviendo de nuevo el filósofo á Atenas, sin romper por esto formalmente con la corte de Siracusa. Por fin, las cuestiones entre Dion y su sobrino revistieron un carácter personal: la mala administración del último había dado lugar á que se operara un cambio tal en la opinión de los siciliotas, que Dion pudo atreverse á desembarcar en agosto de 357 en Minoa, al Oeste de Agrigento, donde se presentó con 5 buques y 800 mercenarios escogidos y reunidos en Zacinto. Dionisio se encontraba entonces con 90 buques en las aguas de Italia. En tales circunstancias, emprendió Dion la marcha desde Minoa á Siracusa, viendo engrosado su ejército con las poblaciones en masa que se le unían á su paso. Cuando por fin apareció ante la capital al frente de 20,000 hombres, levantóse la ciudad con entusiasmo en su favor, le abrió sus puertas y le hizo una entrada triunfal. Solo la ciudadela, es decir, la isla fortificada de Ortigia, quedó en manos de las tropas del príncipe.

Entonces comenzó un período terrible para los siciliotas: á pesar de todos sus esfuerzos, no lograron los siracusanos apoderarse de la ciudadela que con tanta energía defendían los mercenarios de Dionisio; y no mejoró nada la situación

ÉPOCA MACEDÓNICA

183

de Siracusa cuando, finalmente, en 355 el príncipe, cuya escuadra mandada por Filisto había sido completamente derrotada por el siracusano Heráclidas, regresó en persona á la Locride epicefria, donde amenazaba á sus dominios de Italia la sublevación de los siervos indígenas mezclados con los lucanios y los esclavos, de entre los cuales salió la tribu salvaje de los brutios, enemiga de los lucanios y de los griegos.

Dion tenía todavía demasiados enemigos; de suerte que los envidiosos de su fortuna, especialmente el estratego Heráclidas y los pocos demagogos de la ciudad, pudieron con facilidad sumo amotinar al demos contra él, echándole en cara su parentesco con el tirano, su orgullo, su nobleza de sangre, su antipatía hacia la democracia y las pocas ganas que tenía de abandonar el poder. Esta situación cesó cuando, al regresar Dionisio á la Locride, el demos soberano, irritado contra Dion, que había rechazado el proyecto de una nueva división del territorio entre todos los ciudadanos, le derribó del alto puesto que ocupaba, y le obligó á regresar con sus mercenarios á Leontini.

Más al poco tiempo los soldados del tirano salieron precipitadamente de la ciudadela Ortigia y pasaron la ciudad de Siracusa á sangre y fuego, causando tal desastre, que el demos tuvo que llamar de nuevo á Dion. Cuando este consiguió, en 355, que se rindiera la ciudadela, trató de modificar la constitución en sentido más severo. La tenaz resistencia que el inútil Heráclidas opuso á los aristocráticos planes de Dion, irritó de tal manera á este, que cometió entonces la falta política de mandar asesinar al intrigante demagogo, con lo cual perdió toda su fuerza moral y su interior seguridad. De esta situación aprovechó un ateniense, que hasta entonces había sido amigo suyo, Calippo, que aspiraba también á la soberanía y que primero aisló con astucia diabólica á Dion, para después asesinarle en su propia casa (354).

Este hecho indigno renovó en Siracusa una serie de escenas repugnantes: Calippo tomó las riendas del gobierno, reinó como un déspota militar, pero al cabo de un año fué derribado por una sublevación, cuando intentaba la conquista de Catania. Entonces cambiaron en Siracusa los gobernantes y los actos violentos, hasta que Dionisio II pudo en 346 abandonar la Locride y apoderarse de nuevo de la antigua capital. Pronto perdió el tirano la ciudad de Lócricis en donde había implantado un régimen brutal, y ocurrido un cruel levantamiento contra su familia. Dionisio se entregó en Siracusa á un desordenado furor. En una situación tan temible como la de entonces, en que la Sicilia griega se hallaba despoblada y empobrecida y había sido assolada por los mercenarios y por los ejércitos ávidos de rapiña, y en que todas las ciudades se hallaban en poder del tirano, aconteció por desgracia que los cartagineses se prepararon á aprovecharse de la decadencia del imperio siracusano, para apoderarse de toda la isla. Con este objeto pusieron á las órdenes del general Magon 150 buques y 60,000 hombres, y se aliaron con muchos gobernantes siciliotas, especialmente con Hicetas, antiguo partidario de Dion, que á la muerte de este se había proclamado tirano de Leontini, desde donde mantenía estrechas relaciones con el partido aristocrático de Siracusa enemigo de Dionisio II.

En tal estado las cosas, enviaron los siracusanos en 345, de acuerdo con Hicetas, algunos embajadores á su antigua aliada y madre patria Corinto, en demanda de auxilio; la aristocracia de esta ciudad, preparada para una intervención salvadora, encontró al hombre que estaba llamado á salvar á los siciliotas y á librarles de una completa ruina. Este hombre era Timoleon, nacido en 410 y oriundo de una familia esclarecida: unos veinte años antes, es decir, en 364, llevado

de su ardor republicano, mandó asesinar á su hermano Timofanes, que ayudado por los mercenarios y por una parte de las masas se había apoderado, durante la guerra peloponésica (366 ó 365), del gobierno de Corinto, delito que le valió la maldición de su madre y que expió con sus remordimientos y con muchos años de una vida solitaria. Este era el hombre que los corintios habían escogido para dirigir la expedición siciliana, y bien puede decirse que la elección fué acertadísima. Timoleon era uno de aquellos helenos que en una época en que se descomponía la burguesía, se destruía la libertad de los ciudadanos aristocráticos y democráticos y predominaba la nueva tiranía de los caudillos oligárquicos ó de los generales mercenarios, aspiraba á realizar los antiguos ideales de la mejor república, y que á un desinterés extraordinario y á una naturaleza altamente práctica y enérgica, unía grandes cualidades de hombre de Estado y de general.

Timoleon, con solos 10 buques y 700 hombres, dirigióse en la primavera de 344 hacia el Occidente y supo en Reggio que Hicetas se había pasado en el entretanto á los cartagineses, que Siracusa á excepción de la ciudadela había sido por él conquistada y que el ejército de Cartago había llegado hasta el Etna, mientras 20 de sus buques vigilaban el estrecho de Mesana. En tales circunstancias Timoleon pudo astutamente pasar sin ser visto de los cartagineses hacia las costas sicilianas, en donde el príncipe Andromaco de Taormenion le abrió las puertas de su ciudad. Entonces Hicetas se dirigió con una fuerte escuadra cartaginesa al puerto de Siracusa; mas al poco tiempo las escasas tropas del caudillo corintio derrotaron por completo en Hadraron al poderoso ejército de Hicetas, después de cuya victoria los siciliotas en masa se pasaron á las filas del vencedor. No pararon aquí los triunfos de Timoleon, sino que, con gran sorpresa de Hicetas y de los cartagineses, Dionisio II capituló con él, le entregó la ciudadela de Ortigia y se marchó á Corinto.

Mientras Hicetas y sus aliados púnicos abandonaban, á pesar de sus fuerzas, el sitio de Ortigia, y mientras los corintios enviaban nuevos refuerzos á Timoleon, pudo este libertador hacerse fuerte en Catania y apoderarse á principios de 343 de Mesana. Aprovechando, además, un momento en que el general cartaginés Magon tuvo que abandonar con sus tropas á Siracusa y dirigirse hacia el Oeste de Sicilia, por motivos que se relacionaban con un movimiento interior que se operaba entonces en Cartago, atacó á dicha ciudad, consiguiendo una completa victoria, á consecuencia de la cual Hicetas huyó á Leontini.

Entonces comenzó la famosa tarea, que se vió coronada del mejor éxito, de levantar de su postración á la infeliz Siracusa y de acostumbrar al pueblo á gobernarse por sí mismo de un modo libre é inteligente. La ciudadela, el castillo y el sepulcro de la familia de Dionisio fueron destruidos, y la democracia siracusana se fundó de nuevo sobre las bases de las antiguas leyes de Diocles. Ante todo repobló Timoleon á Siracusa con los fugitivos siracusanos, los siciliotas, los italiotas y los griegos de la antigua comarca, y así la ciudad pudo contar muy pronto 60,000 habitantes, á los cuales se distribuyeron casas y terrenos: asimismo consiguió al poco tiempo que Hicetas le entregase á Leontini y que otros tiranos abandonasen la isla.

La tarea principal era, sin embargo, poder resistir á los cartagineses. Estos habían aprestado 200 buques de guerra y un ejército de 70,000 infantes y 10,000 caballos, con los cuales pensaban Asdrúbal y Amílcar reparar la falta cometida por Magon. Timoleon, con 12,000 hombres á lo sumo, arrojóse contra ellos en la Sicilia occidental, librándose á mediados de junio del año 342, según se presume, una sangrienta batalla en la comarca de Entella y junto á las aguas del Crimi-